EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LOS AMIGOS INTIMOS,

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN VERSO.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1867.

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma,
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Gara y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...
D, ¿Jo sé.Pepe y Pepito.
D smirlosblancos.
Deudas de la honra.
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y a moda.
¡Está loca
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mund
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspe
Herencia de lágrimas.
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de tocador.
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castila (alegor
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.

LOS AMIGOS INTIMOS.

LOS AMIGOS ÍNTIMOS,

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

DE

DON MIGUEL PASTORFIDO

Y

DON SALVADOR MARIA GRANÉS.

Representada por primera vez con extraordinario éxito en el teatro del Circo, el 31 de Diciembre de 1866.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO. 18.
1867.

714785

PERSONAJES.	ACTORES.
NEMESIA.....	Doña Balbina Valverde.
CÁNDIDA.....	Purificacion Guanter.
TECLA.....	Josefa Galé.
ROGELIO.....	Don Mariano Fernandez.
VENANCIO.....	Elias Aguirre.
TORIBIO.....	Antonio Mendoza.
DON PROCOPIO....	Ceferino Hernandez.
MARCOS.....	José Gonzalez.
DOS TAPICEROS...	No hablan.

La accion se supone en Madrid y en nuestros dias.

La propiedad de esta obra pertenece á sus autores, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de D. Rogelio. Una puerta al fondo y dos á cada lado. Una mesa: sillas y demas muebles correspondientes: todos ellos decentes y de buen gusto. Una chimenea á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

MARCOS, TECLA, Tapiceros que no hablan.

MARCOS. (Á los tapiceros.)
Despachaos, hijos mios;
arreglad esos adornos.
Son las nueve, y á las diez
ha de estar listo ya todo.

TECLA. Pues no dicen que á la una
se celebra el matrimonio?

MARCOS. Sí, pero el amo me ha dicho
que quiere ver por sí propio
si han arreglado á su gusto
la sala y el dormitorio;
y antes de ir á la parroquia
quiere que le dejen solo.

TECLA. Dígame usted, sañor Marcos,
aquí para entre nosotros:
es verdad que el amo tiene
cerca ya de treinta y ocho

y la novia diez y siete?

MARCOS. Sí.

TECLA. Pues eso es peligroso;
porque siendo ella tan jóven,
y habiendo tanto galopo
en este Madrid, á caza
de las mujeres del prójimo...

MARCOS. Lo de menos es la edad.
Yo me casé siendo un mozo
de veinte abriles; mi esposa
entraba en el equinoccio;
lo cual no impidió que fuéramos
ella una loca y yo un tonto.
Por lo demas, mi señor,
que ha sido el don Juan Tenorio
del barrio del Ava-pies,
no es un soldado bisoño;
hizo muy buenas campañas
y alcanzó triunfos gloriosos.

TECLA. Conque el amo es militar?

MARCOS. No, es agente de negocios.
Si ahora le pasa algo malo,
váyase por lo que á otros
hizo pasar él. (Llaman dentro.)

TECLA. No llaman?
Será el amo.

MARCOS. Lo supongo.
Querrá que le rice el pelo.
Yo lo peino y se lo corto
y se lo tiño y... (Llaman otra vez.) Ya voy!
Pues ni que uno fuera sordo!
(Váse corriendo.)

ESCENA II.

TECLA, D. PROCOPIO, CÁNDIDA.

PROC. (Á Cándida.)
Entra, no te ruborices;
esta es tu casa, pimpollo;
es decir, si aun no lo es,
lo será dentro de poco.

RBC/NcU

Y mi yerno? ó mejor dicho,
mi yerno futuro próximo?

TECLA. Está en su cuarto.

PROC. Qué dice?

CAND. (Alzando la voz)
Que está en su cuarto.

PROC. Ya oigo.
No grites tanto.

TECLA. Le estan
rizando el pelo.

PROC. Eh?

TECLA. (Si es sordo
como un poste!) Que le rizan
el pelo. (Levantando mucho la voz.)

PROC. Bien... qué alboroto!
Pues ni que yo fuera... Y dí:
tú eres, si no me equivoco,
una doncella, ó mas bien...

TECLA. Yo estoy aquí para todo.
Entré ayer tarde en la casa
por encargo de don Próspero,
el tendero de la esquina,
que es natural de Pancorvo.
Y si no es mal preguntado:
es usted la novia?

PROC. Cómo?

CAND. Me pregunta...

PROC. Ya comprendo,
tienes encendido el rostro...
Qué bobada! Es malo acaso
el contraer matrimonio?
Rogelio te hará feliz
y tú á él le harás dichoso.

TECLA. No sabe usted, señorita,
cuanto, al saber, es mi gozo,
que va usted á ser mi ama.

CAND. Gracias.

TECLA. Si dar gusto logro,
ya de esta casa no salgo.
Aquí no hay niños ni pollos,
que si son malos los unos,
aun son peores los otros.

Yo serví en casa de un
administrador de propios,
cuya propiedad mejor
era apropiarse los fondos.
Y tenia tres chiquillos,
pero lo mas revoltosos!...
Y un señorito... caramba
si el señorito era flojo!
Siempre diciéndome flores,
siempre echándome piropos.
Y dale con que «me quieres?»
y vuelta con que «te adoro!»
Y con tales zarandajas
y con tales requilorios,
se me olvidaba echar sal,
y estaba el puchero soso.
Pero olvido...

PROC. Ah, picaruela!
Estais hablando del novio?
Bien, esa conversacion
te hará conocerle á fondo.

CAND. No haga usted caso, papá...

TECLA. Es algo tardo?

CAND. Sí, un poco.

TECLA. Ya lo habia yo notado.

PROC. Conque ya ves los adornos
de la sala y el mueblaje.
Quieres ver el dormitorio?

CAND. No, papá.

PROC. Que sí? Pues vamos...

TECLA. (Gritando.)
Pero, señor don Procopio,
si está diciendo que no.

PROC. Sí, ya lo oí... no me opongo.
Entonces cuando tú quieras.
(Á Cándida.)
Hoy es dia de negocios,
y tu mamá está aguardándote
en casa de don Jerónimo
tu padrino. Conque vamos?

CAND. Cuando usted guste.
(Agarrándose del brazo y marchándose.)

TECLA. (Á los tapiceros.) Y vosotros
si habeis acabado ya,
entrad á tomar un sorbo:
luego arreglareis la sala
que da á la calle del Olmo.
Muchachos, al comedor,
que hoy es dia de jolgorio.
(Vánse los tapiceros, y ella va á salir, cuando aparece Marcos.)

ESCENA III.

TECLA, MARCOS.

MARCOS. No ví mas raro capricho!
Es original en todo:
encender la chimenea
estando en el mes de agosto!
TECLA. Eso le ha mandado?
MARCOS. Sí.
TECLA. Pues sople usted, bien.
MARCOS. Ya soplo.
TECLA. Aquí viene el amo.
MARCOS. Entonces...
TECLA. Sí, sí: dejo á ustedes solos. (Váse.)

ESCENA IV.

MARCOS, ROGELIO.

ROG. Abre la ventana...
MARCOS. Voy.
(Es claro: suda uno á chorros.)
ROG. Y acábame de arreglar
la cabeza.
MARCOS. (Entre dientes.) Siempre que otros...
ROG. No hables mal y riza bien,
quiero estar hecho un buen mozo.
MARCOS. Cuántos bucles he de hacerle?
ROG. Muchos, y puestos de modo
que parezcan naturales.
MARCOS. (Encender fuego en agosto!)

Y diga usted, amo mio,
esto es hecho?

ROG. El matrimonio?
Dentro de dos horas.

MARCOS. Ay!
Va usted á surcar el golfo,
usted que hizo naufragar
á los mejores pilotos?
Ay, señor! Mucho me temo...

ROG. No seas tan caviloso:
qué diablo! Aunque tu mujer,
que era fea como un lobo,
te hizo desgraciado...

MARCOS. Ah! sí.

ROG. No hay razon ni por asomo
para que yo...

MARCOS. Don Rogelio,
no hay que tentar al demonio.
Mi mujer era muy fea;
yo era un chico muy gracioso,
y sin embargo pasé
las penas del purgatorio.

ROG. Casarse es cruzar un mar
donde suele haber escollos.

MARCOS. Muchos, señor.

ROG. (Con indiferente calma.) Mal de muchos...

MARCOS. Ya, sí: consuelo de tontos.

ROG. La verdad es que al cruzar
ese mar con tanto fondo,
al sufrir las tempestades
conque amenaza el otoño,
al romperse uno la crisma
aunque uno sea un filósofo
pasa un mal rato.

MARCOS. Y tan malo!
Mas vale tomar un tósigo.
Cuando yo ví que mi Engracia
dió en la gracia de usar polvos,
es decir, de revocarse
la fachada, ó sea el rostro;
cuando ví que usaba guantes
y queria darse tono

y que se arreglaba el pelo
con esos nuevos adornos
que ahora dan en llamar cuernos,
dije yo: malo me pongo!
Y malo me puse y mucho,
descubriendo de allí á poco
que el claro sol de mi dicha
entraba en el equinoccio.
Y fué un cabo de ingenieros
quien hizo cambiar mi horóscopo.

ROG. No le rompiste el baustimo?

MARCOS. Mire usted: el primer pronto
fué terrible: me lancé
sobre mi rival furioso;
alcé el brazo...

ROG. Y lo arrojaste
por el balcon? Lo supongo.

MARCOS. No señor: consideré
que era demasiado arrojo.
Los bandos de policia
llevan multa cuando un prójimo
echa algo por el balcon;
ví ademas que él era un mozo
de mas de seis pies, robusto,
y si le daba el antojo
de santiguarme, podia
dejarme hecho un *ecce-homo*;
me acordé de aquel refran
que viene tan á propósito;
»penitencia tras de...» eccétera...
y dí otro sesgo al negocio.
Ví al coronel, y lo tuvo
un mes en el calabozo.
Al año me quedé viudo:
Dios es misericordioso.
Conque ya ve usted, señor,
que mis consejos apoyo
con ejemplos palpitantes
y antecedentes históricos.
No se case usted, por Dios.

ROG. Eh! Calla y déjame solo.
Arde bien la chimenea?

MARCOS. Sí, señor. (Fuego en agosto,
y hoy, el dia de la boda!
Va á ser esta casa un horno.) (Váse.)

ESCENA V.

ROGELIO.

Ahora que solo me veo
y nadie enterarse puede,
saquemos el cofrecito:
hélo aquí... Cuánto me duele
tener que arrojar al fuego
los recuerdos que contiene!
Pero me caso y no debo
conservar estos papeles.
Aquí estan clasificadadas
y ordenadas por paquetes
las cartas de mis amores
pretéritos y presentes.
Estas cartas son de Amalia,
un amor de quince meses.
No tenia mala letra,
aunque hacia mal las *emes*.
Yo la conocí soltera,
nos amamos locamente,
y aunque despues se casó,
la quiero y ella me quiere...
Se entiende, con un cariño
puro, sin mancha, inocente.
Su marido, don Venancio,
es un buen hombre, aunque tiene
un defecto: no le gusta
que su consorte maneje
fondos, ni que haga negocios;
y ella, es natural, se muere
por hacer negocios: yo,
en mi calidad de agente,
iba á la bolsa por ella
y le negociaba treses,
de modo que nos teniamos
que escribir algunas veces.

Cuando Venancio decia:
«escucha: mi mujer quiere
que le digas qué hay de Italia;»
era igual que si dijese:
mi esposa te ha escrito y traigo
en el sombrero el billete:
yo se lo quitaba al punto
y el resultado era este.
(Mostrando las cartas que empieza á echar al fuego.)
En fin, quémense las cartas
y olvidemos... pobres gentes!
Ahora le toca á Eloisa:
pobre chica! Murió un viernes...
Ah!
(Viendo entrar á D. Procopio y encerrando otra vez en el cofrecillo las cartas que tenia en la mano para seguir quemándolas.)
(Guardo...)

ESCENA VI.

ROGELIO. D. PROCOPIO.

PROC. Rogelio? (Desde la puerta.)
ROG. (El suegro:
viejo mas impertinente!)
PROC. Que cómo estoy? Bueno... gracias:
y tú?
ROG. (Rabiando de verte.)
PROC. No hay de qué: ya sabes tú
que te quiero: entre paréntesis,
tienes frio?—Habla mas alto,
hombre, que no se te entiende.
Pues no han dado en la mania
todos de hablar entre dientes!...
ROG. (Pues, señor, estoy lucido!
Suegro, y sordo por apéndice!
Maldito si tiene por
donde el diablo le deseche.)
PROC. Ya he revisado la casa:
me gustan mucho los muebles.

ROG. (No eres tú mal mueble.)
PROC. Eh?
ROG. (Sí; pregunta: como esperes
á que te responda yo,
estás fresco.)
PROC. Qué contiene
este cofrecito?
ROG. (Pólvora
quisiera que contuviese.)
PROC. Es muy mono.
ROG. (Y tú muy mico.)
Eh! (Gritando.) Que va usted á romperle.
PROC. Apuesto á que es un regalo,
una sorpresa que tienes
dispuesta para mi hija.
He acertado?
ROG. (Alto.) Justamente.
(Qué bárbaro!)
PROC. Pues yo mismo
se lo llevaré si quieres.
ROG. (Caracoles! Con las cartas...
Pues si Cándida las viese...)
PROC. Conque me lo llevo?
ROG. (Alto.) No.
Tiempo habrá... (el siglo que viene).
PROC. Has de amar mucho á mi hija.
Y, entre paréntesis, debes
amarla, porque mi Cándida
un buen mozo se merece...
y, entre paréntesis, tú
lo que es buen mozo no eres.
ROG. (Me va cargando este viejo:
á que le pego un cachete?)
PROC. Tú eres sobrado maduro;
yo te quisiera mas verde,
ó, lo que es igual, mas jóven,
porque si luego sucede...
y, entre paréntesis, creo...
ROG. (Dale con tanto paréntesis!)
PROC. Yo soy muy franco, muy franco;
y hablándote francamente,
tanto á mí como á mi esposa

bastante mal nos pareces.
ROG. Cómo?
PROC. Cándida es tan cándida,
que no tiene inconveniente
en darte su mano, y yo
dejo que la bola ruede,
porque tu fortuna es
de veinte mil pesos fuertes...
ROG. (Yo rabio, yo estoy hidrófobo:
tengo ganas de morderle.)
PROC. Tanto yo como mi esposa
nos hemos dicho mil veces,
Rogelio no es nada jóven...
pero es rico y le conviene.
ROG. (Á que le pego?)
PROC. Me voy:
conque adios.
ROG. (Así revientes.)

ESCENA VIII.

ROGELIO.

De un grave peso me alivio
y evito inquietudes hartas
en cuanto queme las cartas
de la mujer de Toribio.
(Sacando otro paquete.)
Pobre Eloisa! En verdad,
fué muy triste su existencia;
porque la maledicencia
dió en culpar nuestra amistad.
Era graciosa y sensible;
todo en ella era perfecto:
solo tenia un defecto;
pero un defecto terrible.
Se moria por las setas
y un dia se envenenó,
por eso no como yo
mas que *beefsteak* y chuletas.
Yo la ví en casa de Ponce

á las diez la última vez.
Quién presintiera á las diez
lo que sucedió á las once?
Le da un cólico; y alivio
buscando á su mal, acudo...
Á las once estaba viudo,
estaba viudo Toribio.
Esto vino á entristecerme:
de alegrarme no hallé modo.
Por las noches sobre todo
yo no sabia qué hacerme.
Busqué tregua á mi cansancio,
que el tiempo ablanda los bronces:
quise alegrarme, y entonces
pensé en mi amigo Venancio.
Y desde entonces Amalia,
que es la mujer de mi amigo,
hablaba á veces conmigo,
sobre la cuestion de Italia.
Ay! memorias tan crueles
renuevan mi pesadumbre;
pero se pasa la lumbre
y no quemo estos papeles. (Sacándolos.)
Pobre Eloisa! Te olvido,
y en gracia de mi sosiego
echo tus cartas al fuego.

MARCOS. (Anunciando.) Don Toribio. (Váse otra vez.)

ROG. Su marido!
Ha escogido buen instante!
Estas cartas... si las vé...
Suspendo el auto de fé.
(Recogiendo las cartas y volviendo á meterlas en el cofrecillo.)

ESCENA VIII.

D. ROGELIO, D. TORIBIO.

TOR. Estás solo? (Desde la puerta.)

ROG. Sí: adelante.

TOR. Ah!
ROG. Ah!
TOR. Todo ha concluido.
ROG. Paciencia!
TOR. Cómo ha de ser!
Te acuerdas de mi mujer?
Qué mujer hemos perdido!
Vivo solo como un buho.
Ay!
ROG. Ay!
TOR. Todo se acabó.
ROG. Todo. (Si piensa que yo
voy á hacerle siempre el duo...)
TOR. Y en vano busco un alivio.
Tú tambien me has olvidado:
ya no te tengo á mi lado.
ROG. Qué le hemos de hacer, Toribio?
TOR. Ya me miras con desden
y en vano te doy mis quejas.
Rogelio, por qué me dejas?
Rogelio, eso no está bien.
ROG. Ya ves, en estos instantes...
por mas que yo lo deseo...
Me caso, y ya ves...
TOR. Sí, veo
que no me quieres como antes.
ROG. Hombre, no te he de querer?
(Pues, señor, estoy lucido!)
Chico, yo no me he vestido
y tengo mucho que hacer.
TOR. Pongo al cielo por testigo
de que en mi dolor tremendo
me consolaba diciendo:
Rogelio es siempre un amigo.
Yo decia, y no te asombre,
ya es menor mi padecer:
si he perdido la mujer,
al menos me queda el hombre.
Al anunciarme tu boda
dije: todo se concilia.
Viviremos en familia.
ROG. (Caramba! No me acomoda.)

TOR. Yo no quiero que me arguya
si á la amistad pongo tasa.
Él no salió de mi casa,
yo no saldré de la suya.
ROG. (Habrá más tenaz empeño!)
TOR. Y pensaba en tu amistad
hallar la felicidad;
pero todo ha sido un sueño.
Mi ambicion, mi dicha toda
vivir á tu lado fuera.
Te casas, y ni siquiera
me convidas á la boda.
ROG. Me caso, y este negocio
lo emprendo por cuenta mia.
Chico, en esta compañia
no puede haber mas que un socio.
Pagando al dolor tributo
hice de tí caso omiso.
Quise ahorrarte un compromiso:
como tú estabas de luto...
TOR. Es verdad, pobre mujer!
Con ella perdí un tesoro.
Ha seis meses que la lloro.
ROG. Si parece que fué ayer!
TOR. Cuál su pérdida he sentido!
Mas por celebrar tu union
daré tregua á mi afliccion.
ROG. Eh?
TOR. Nada, que me convido.
ROG. No sabes cuánto me alegra
que te quedes á comer.
(Bonita se va á poner
cuando lo sepa mi suegra!)
TOR. Yo te quiero, aunque reprocho
tu olvido y tus desaciertos.
ROG. (No hay mas que quince cubiertos
y ya somos diez y ocho.)
TOR. Penas fuera! En tu banquete
de seguro pierdo el tino.
Ya verás si bebo vino:
sobre todo pajarete.
ROG. Justo... á bailar... á beber...

TOR. Pajarete!... Suerte impia!
Ese es el que ella bebia.
En fin, qué le hemos de hacer!
ROG. No andes con tal parsimonia,
que no puedo entretenerme.
TOR. Pues bien, yo voy á ponerme
en traje de ceremonia.
En cuanto me haya vestido
vuelvo otra vez por acá. (Marchándose.)
ROG. Pues hasta luego.
TOR. (Volviendo desde la puerta.) Ah!
ROG. Ah!
TOR. Qué mujer hemos perdido! (Váse.)

ESCENA IX.

ROGELIO.

Gracias á Dios! En un potro
con sus lágrimas me ha puesto.
Echemos al fuego esto
antes de que venga el otro.
Necesito mucho aplomo
si he de vivir con sosiego.
Venancio aquí... Otra te pego!
(Viéndole llegar.)
Este es el segundo tomo.
Señor, si estará de Dios
que hoy venga tanto importuno?
Se marcha el número uno
y viene el número dos.

ESCENA X.

ROGELIO, D. VENANCIO.

VEN. Querido amigo!
ROG. Venancio!
VEN. Mucho que reñirte tengo.
Me sentaré, porque vengo
medio muerto de cansancio.
ROG. Qué es lo que así te incomoda
y excita tu desagrado?

VEN. Nada, que te has olvidado
de invitarnos á la boda.
ROG. Pues mira, fué sin malicia.
VEN. Nunca he visto á mi mujer
tan furiosa como ayer
cuando supo la noticia.
Quise su enojo calmar;
pero ella no me escuchaba,
y á todo me contestaba:
sí, me las has de pagar.
Yo disculparte he logrado
y la hablé del ambigú,
añadiéndole que tú
nos habia convidado.
Porque el medio de calmar
su pesadumbre y su esplin
es que nos des un festin
como aquel de Baltasar.
Conque vendremos.
ROG. Corriente.
(Me carga...)
VEN. Si soy un lince!
ROG. (Bien! Los cubiertos son quince
y los convidados veinte.)
VEN. Desde anoche Amalia está
de un humor endemoniado,
y creo que he sospechado...
ROG. (Diablo! Si sospechará...)
VEN. Yo creo que es un capricho;
que esa boda la hace mella...
ROG. Pero qué le importa á ella?
VEN. Eso es lo que yo la he dicho.
Aunque tengo para mí...
Yo soy listo.
ROG. (Desconfia.)
VEN. Que ella...
ROG. (Yo sudo.)
VEN. Tenia
planes respecto de tí.
ROG. Cómo? (Asustado.)
VEN. No se me despinta...
ROG. Pero puedes figurarte...

VEN. Ella queria casarte.
ROG. (Ah!)
VEN. Con su prima Jacinta.
Así se lo dije.
ROG. Alabo
tu perspicacia.
VEN. Y al pronto
lo negó y me llamó tonto:
prueba de que dí en el clavo.
Soy un lince, lo repito,
aunque peque de inmodestia.
ROG. (Ay! Si doliera el ser bestia,
este hombre estaba en un grito.)
VEN. Conque adios: me marcho ya:
volveré en breves instantes.
Voy á comprarme unos guantes.
Hombre, vete por allá.
Tu ausencia el placer nos roba
y está la casa que embiste;
hasta César anda triste,
mi perro de Terranova.
Lo compré á orillas del Fúcar:
te echa de menos ..
ROG. Qué escucho?
VEN. Como que te quiere mucho.
ROG. (Como que le daba azúcar.)
VEN. Mal con nosotros te portas
y nuestra existencia amargas.
Ahora se nos hacen largas
aquellas noches tan cortas.
En fin, cese tu despego.
ROG. (Me va cargando la homilia.)
VEN. Ya estaremos en familia...
ROG. (Otra!)
VEN. Adios. (Marchándose.)
ROG. Bien, hasta luego.
VEN. (Volviendo.)
Ay! me olvidé... Quiere Amalia...
ROG. (Me vuelve á inquietar ese ay!)
VEN. Que me digas lo que hay
sobre la cuestion de Italia.
ROG. Conque te dijo?... (Maldita!)

Siéntate: deja el sombrero.

VEN. Qué buen cuadro! (Mirando.)

ROG. (Majadero!)

(Quitándole el sombrero y registrándolo con cuidado.)

(No lo dije?... otra cartita!)

VEN. Pues y aquel? Tampoco es feo.
Son originales.

ROG. Sí.

VEN. Me estaré un momento aquí.

ROG. Bien, mira... (mientras yo leo.)
(Leyendo.) «Si usted es caballero
como parece ser,
devuélvame mis cartas
hoy antes de las diez.
Porque si á dicha hora
no estan en mi poder,
yo mujer y usted hombre...
Se ha de acordar del santo de mi nombre.»
De mi fortuna reniego!
Pedirme sus cartas hoy!
Cómo diablo se las doy
si las he arrojado al fuego!)

VEN. Con que al fin de la cuestion
de Italia...

ROG. Dí á tu mujer
que ya no puedo tener
ni noticias ni opinion.

VEN. Por qué no?

ROG (Pasma en verdad
un necio de este calibre.)

VEN. La opinion es siempre libre.

ROG. Yo no tengo libertad.
Hoy tomo estado, y me alegra
el fijar mi posicion. (Mirando hácia el foro.)
Suspende la discusion
que viene hácia aquí mi suegra.

ESCENA XI.

DICHOS, DOÑA NEMESIA

NEM. Señor don Rogelio,
esto es un horror!
Esto es increible,
inaudito, atroz!
ROG. Señora, qué pasa?
Esa agitacion...
Está usted convulsa!
le tiembla la voz!
NEM. Y no es para menos:
me sobra razon.
Conviene que á solas
hablemos los dos. (Á Rogelio.)
ROG. Este es un amigo.
VEN. Si estorbo me voy.
(Qué tendrá la vieja?)
ROG. Estorbarme... no.
NEM. Pues bien, necesito
una explicacion.
Hace media hora...
ROG. (En brasas estoy.)
NEM. Recibí un anónimo
por el interior.
VEN. Sin firma?
NEM. Está claro.
Mi hija se quedó
comprándose guantes
casa de Dubós,
y yo tomé á escape
un coche Simon,
porque no consiento
que usted sin pudor
engañe á la hija
de mi corazon.
ROG. Yo engañar á Cándida?
NEM. Usted, sí, señor.
Si este matrimonio
nunca me gustó!

ROG. Pero...
NEM. Usted la engaña
y tiene otro amor.
Y es mujer ajena
la que le inspiró
esa fementida
criminal pasion!
Y va allí de noche
y está hasta las dos!
Y con su marido
juega al dominó.
ROG. (Diablo! Si comprende
este la alusion...)
VEN. Permita usted... Creo
que ese es un error.
Rogelio no sale
de mi habitacion.
Á las diez va á casa;
se está hasta las dos,
y solo conmigo
juega al dominó.
Conque es positiva
la equivocacion,
y mi amigo es víctima
de algun *quid pro quó*.
NEM. Con todo, este anónimo
me infunde temor.
(Mostrándoselo á Rogelio.)
ROG. (Y es letra de Amalia!)
VEN. Á ver...
ROG. Hombre, no.
Desprecio merece (Á Doña Nemesia.)
esa delacion,
y lo que hay de cierto
á contarlo voy.
Ya ve usted, señora,
que por precision
el hombre que tiene
los años que yo,
debe haber rendido
tributo al amor.
Yo he tenido amores;

qué mortal no amó?
y mas de una bella
me tuvo aficion.
Una sobre todas
mi alma incendió.
Era morenita,
linda como un sol;
vivia en la calle
del Amor de Dios,
y el amor al prójimo
era su pasion.
Pobre criatura!
yo tenia tos,
y agua de Cestona
me mandó el doctor.
Cuánto al despedirnos
lloramos los dos!
Unos veinte dias
mi ausencia duró,
y al ir á ofrecerla
de nuevo mi amor,
la encontré casada.
Qué profanacion!

VEN. Pérfidas mujeres!

ROG. Eso dije yo.
Tuve, en fin, con ella
una explicacion.
Y de tal manera
las cosas pintó,
que compadecido
le dí mi perdon.
Desde aquel momento
¡ay de mí! en su honor
hizo presa horrible
la murmuracion.
Fué muy desgraciada,
y al fin se murió.

NEM. Cómo?

ROG. Envenenada
con setas.

NEM. Qué horror!

ROG. Cuánto la lloramos

su marido y yo
sin haber consuelo
á nuestro dolor!

VEN. Conque por lo visto
el marido?...

ROG. No.
Yo respeto mucho
esa santa union
que en el matrimonio
hace un ser de dos,
y querer turbarla
me parece atroz.

NEM. Muy bien dicho, yerno.

VEN. Hablando *inter nos*,
á que ese marido
ha sido?...

ROG. Chiton!

VEN. (Ap. á Rogelio.)
Cuánto va mi Amalia
á reirse hoy
cuando yo la cuente
la historia!

ROG. Por Dios!
Hombre, no le digas...
Respeta el pudor.

NEM. Y puede saberse
quién fué la que...?

ROG. Oh!
La mujer ha muerto,
mas vive el varon...

VEN. (Ó lo que es lo mismo,
el paciente Job.)

ROG. Y el nombrarle fuera
una indiscrecion.

NEM. De manera, yerno,
que el hecho pasó
tal como tú dices?

ROG. Palabra de honor.

NEM. Lo creo, Rogelio:
y en tal conviccion
ya que tu palabra
me tranquilizó,

rasgo como debo
esta delacion.
(Rompiendo en dos pedazos la carta: el mayor lo coge Rogelio y lo arroja al fuego.)

ROG. Muchas gracias, suegra.
NEM. No hay de qué... y adios.
ROG. Este caballero
va á hacerme el favor
de asistir al acto...
NEM. Qué acto?
ROG. El de mi union;
y honrará el banquete
que ha de haber en pos.
NEM. Pues bien, hasta luego.
Ven sin dilacion ..
Yo daré una vuelta
por el interior....
Que no te detengas.
ROG. En seguida voy.

ESCENA XII.

ROGELIO, D. VENANCIO.

VEN. Oh! Los anónimos son
la cosa mas vil y baja...
Quién escribirá estas cosas?
(Recogiendo un pedazo de la carta.)
Cielos! La letra de Amalia!
ROG. Cómo? (Bárbaro de mí!
No quemé entera la carta...)
VEN. Justo... no me cabe duda...
Esta es su letra.
ROG. Te engañas.
VEN. No, la reconozco bien:
las emes de cuatro patas,
y los puntos suspensivos
á que es tan aficionada.
ROG. Pero, hombre, yo te aseguro...
Vamos, chico, estás en Babia.
VEN. Ahora lo comprendo todo.
ROG. Pero...

VEN. Esa mujer casada
que usted iba á visitar,
era mi mujer, Amalia:
la casa á que de tertulia
iba de noche, mi casa;
y el marido bonachon
y paciente era yo... oh rabia!
Caballero, necesito
una explicacion.

ROG. (Caramba!)

ESCENA XIII.

DICHOS, TORIBIO, en traje de ceremonia.

TOR. Aquí me tienes.

ROG. (Ap. á Venancio.) Silencio!

TOR. No ha sido mi ausencia larga,
y para hacerte honor vengo
de frac y corbata blanca.
Despues de la ceremonia,
cuando volvamos á casa,
voy á leerte unos versos,
una oda epitalámica
que compuse á mi mujer...
Te acuerdes de ella? Qué lástima!

VEN. Murió?

TOR. Sí, señor; aun lloro
su muerte temprana, trágica!

VEN. Cómo?

TOR. Sí, por comer setas...

VEN. Ah! ya...
(Como acordándose de la historia de la escena anterior.)

TOR. Murió envenenada.

VEN. Con que usted es el?... Já! já! (Riéndose.)

TOR. Mi desgracia le hace gracia?

VEN. (Mejor es que sea él...)
Ahora lo comprendo... (Ap. á Rogelio.)

ROG. (Id. á Venancio.) Calla.

TOR. (Id. á Rogelio.)
Qué le ha dado á este señor?

ROG. Los nervios...
VEN. Já! já!
TOR. (Me carga...,
VEN. (Id.) Hombre, y yo que he sospechado.
Mas ya comprendo la farsa.
Já! já!
TOR. Otra vez!
TEN. (Id.) Mi mujer
por malquistarte con Cándida
y casarte con su prima...
Qué tal? (Con petulancia y malicia.)
ROG. (Id.) Justo, esa es la causa;
pero no me comprometas.
VEN. Yo soy un arca cerrada.
ROG. Os dejo por un momento:
voy á vestirme de gala:
lo requiere el caso.
TOR. Cierto.
VEN. Pues! un hombre que se casa...
ROG. Hasta luego, amigos mios:
vuelvo al instante.
TOR. Bien, marcha.

ESCENA XIV.

D. VENANCIO, D. TORIBIO.

VEN. (Ya no cabe duda; es él:
lo está diciendo esa cara.
Hay ciertas fisonomias,
ciertos tipos que no engañan.)
Conque es usted tan amigo
de don Rogelio?
TOR. Yo? Vaya!
Pues si durante tres años
no salia de mi casa!
Y jugaba al dominó
conmigo.
VEN. (Sin poder contener la risa que cada vez es mayor.(
Conque jugaba?...
TOR. Todas las noches, y se iba
á las dos de la mañana.

VEN. Conque todas? (Riendo cada vez mas.)
TOR. Sí, señor.
Qué le da á usted?
VEN. (Riendo siempre.) Á mí? Nada.
TOR. (Parece que este hombre tiene
la risa estereotipada.)
VEN. Conque es usted, segun eso,
el?...
TOR. Sí, yo soy...
VEN. Me hace gracia...
TOR. El qué?
VEN. Já! já!
TOR. Pero al menos
no podré saber la causa?...
VEN. Hombre, ria usted tambien.
TOR. Pero si no tengo ganas.
VEN. Ria usted... Já! já!
TOR. Corriente;
riamos á carcajadas.
VEN. Já! já!
TOR. Já! já! (Pues señor,
no comprendo una palabra.)
Ya hemos reido bastante,
no es verdad?
VEN. Cuánto me agrada
haber conocido á usted!
TOR. (Vaya una aficion extraña!)
VEN. Al amigo de mi amigo,
en cuya dulce morada,
Rogelio, segun decia,
ha pasado horas tan gratas!
Nosotros tambien seremos
amigos?
TOR. Sí.
VEN. (Es una lástima
que haya enviudado este hombre.)
TOR. (Pues tiene muy buena pasta.)
(Se estrechan afectuosamente la mano, y entonces aparece Rogelio.)

ESCENA XV.

DICHOS, ROGELIO.

ROG. (Las manos se descoyuntan
y fraternizan los dos.
Bien dice el refran, que Dios
los cria y ellos se juntan.)

VEN. (Acercándose á Rogelio y hablándole ap.)
Chico, yo le he sondeado,
y por fin me he convencido...
Ese hombre es todo un marido.

ROG. (Id. á Venancio.)
Mira que estás engañado.

ESCENA XVI.

DICHOS, MARCOS.

MARCOS. Señor? Señor? (Ap. á Rogelio.)

ROG. Qué te inquieta?

MARCOS. Ha venido una señora...
Quiere verle sin demora
y me ha dado esta tarjeta. (Dándosela.)

ROG. (Amalia! Dios nos asista!
Y su marido está aquí!
Desventurado de mí
si este descubre la pista!)

MARCOS. Preguntó si alguna cosa
usted para ella dejó.
Yo la respondí que no
y ella se ha puesto furiosa.

ROG. Sí, por las cartas vendrá...
y va á impedir que me case.

MARCOS. Conque la digo que pase?

ROG. Hombre, no.

MARCOS Pues ahí está.
(Señalando á la puerta, que se entreabre y cierra Don Rogelio.)

ROG. Oh!... (La encerré en el ropero.
Ya la puse á buen recaudo.)

VEN. Chico, tu ventura aplaudo.
TOR. (Al sentir los golpes que dan en la puerta cerrada.)
Llaman?
ROG. Será el tapicero.
Conque vamos á la calle,
(No cesan de llamar.)
porque con tal sonsonete...
(Si sale, me compromete.)
VEN. Voy á decirle que calle.
(Acercándose á la puerta.)
Hasta que hayamos salido,
hágame usted la merced
de callar: me entiende usted?
Mira cómo me ha entendido.
TOR. Cierto: ya ha cesado el son...
ROG. (Conoce quién la está hablando...)
VEN. Yo tengo una voz de mando...
MARCOS. (Pobre! Me da compasion.)
ROG. Vamos? (Temo que la atrape
si no salimos primero.
Por fortuna, ese ropero
tiene una puerta de escape.)

ESCENA XVII.

DICHOS, TECLA que viene apresurada y se retira despues de lo que dice, y luego DOÑA NEMESIA por un lado y D. PROCOPIO por otro.

TECLA. (Ap. á D. Rogelio.)
Señor, ahí está encerrada
esa señora... Usted sabe...
Su suegra ha echado la llave.
ROG. (La dejó incomunicada.)
NEM. (Saliendo á la escena.)
Yerno, eres muy descuidado
y haces mal: yo te lo advierto...
Dejarse el ropero abierto...
Por fortuna lo he cerrado...
Conque vamos á la iglesia?
ROG. (La cosa se va enredando.)
PROC. Mi niña os está esperando.

Quieres mi brazo, Nemesia?

VEN. Que alegre y dichoso vivas.

TOR. Se van á acabar tus penas.

ROG. Basta: las enhorabuenas
son aun intempestivas.

MARCOS. De su desgracia testigos
van á ser? (Ap. á D. Rogelio.)

ROG. Deja ese tono!...

VEN. Chico, yo no te abandono.

TOR. Para eso son los amigos.

PROC. (Este cofre... Cómo pesa!
Qué habrá dentro?)

NEM. Á qué esperamos?

PROC. (Me ocurre una idea.)

NEM. Vamos?

PROC. (Yo le daré la sorpresa.)

ROG. Próxima está mi ventura
y esto me rejuvenece.

MARCOS. Señor?...

ROG. Vamos.

(Sin hacer caso de Marcos, que le dirige miradas suplicantes: los demas salen tambien detrás de Doña Nemesia y D. Procopio.)

MARCOS. Me parece
que esto ya no tiene cura.
—Señor?... En vano le llamo.
Señor?... Corre al precipicio.
Señor?... Ha perdido el juicio.
Señor?... Dios salve á mi amo!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

MARCOS, acabando de arreglar la mesa que sirve para la comida y que á su tiempo retiran dos criados.

Cuatro cubiertos! Mal dia
ha elegido el papá suegro
para venir á comer.
Como si tuvieran tiempo
los novios para otra cosa
que para ocuparse de ellos
y hacerse cuatro mimitos
y decirse chicoleos...
Aquí está... le dejo solo...
No estorbar es el undécimo.

ESCENA II.

ROGELIO, á poco CÁNDIDA.

ROG. Qué dulce es el ser casado
y qué amargo el ser soltero!
Desde que tengo mujer
estoy loco de contento.

Tener una mujer propia!
ser uno su solo dueño!
lo cual, como ustedes saben,
no es siempre igual... (Dirigiéndose al público.)

CAND. (Que al salir ve á Rogelio y retrocede.) Ah!

ROG. Qué es eso?
Te retiras?

CAND. Sí señor.

ROG. Te asusto?

CAND. No señor, pero...

ROG. (Pobrecita! si es tan tímida...
Puede que aun tenga miedo.
(La abraza.)

CAND. Caballero! qué hace usted?

ROG. Ya lo ves.

CAND. Esté usted quieto.

ROG. Calla tonta, estamos solos.

CAND. Caballero!

ROG. Caballero!
Desde ayer esa palabra
me está atacando á los nervios.
Por qué me llamas así?

CAND. Cómo he de llamarle?

ROG. Quiero
que busques otra palabra,
verbi gracia.—«Mi Rogelio.»—
Ya ves, yo te llamo Cándida.

CAND. Sí, pero yo no me atrevo.

ROG. Bah! ¿no llama tu papá
Nemesia á tu mamá?

CAND. Cierto.

ROG. No se tutean?

CAND. Sí.

ROG. Entonces...
Anoche, sin ir mas lejos,
dijo él «Nemesia, me cargas;»
y ella «y tú á mí por lo necio.»
Aprende: ese sí que es
un matrimonio modelo.
Conque dime, podré al fin
conseguir ese tuteo?

CAND. Mas adelante...

ROG. No, ahora...

despues ya no tendrá mérito.
Ay Cándida! si supieras
qué amable soy y qué tierno
con las mujeres...

CAND. Qué escucho?
Con las mujeres, eh? luego
usted lo ha sido con otras?

ROG. (Me pilló!) Cá! ni por pienso.

CAND. De veras?

ROG. Eres celosa?

CAND. No, mas cuando considero
que habrá usted amado á otra,
que con amoroso fuego
habrá estrechado su mano...

ROG. (Cogiendo la mano á Cándida.)
Como ahora te la estrecho?
Nunca, nunca!

CAND. Que tal vez
en esa mano habrá impreso...

ROG. Mis labios? qué disparate!
(Le besa la mano.)

CAND. Que en un arranque, en un vértigo
sus brazos...

ROG. Qué desatino!
(Abrazándola.)
Pues qué, no hay mas que hacer esto?
Para tí, para tí solo
guardo estas cosas. Te quiero!
(Abrazándola repetidas veces.)

MARCOS. Señor! Ah! (Retrocediendo al verlos.)

ROG. Qué!

MARCOS. Nada, nada...
(El no estorbar, el undécimo.)

ROG. Qué venias á decir?

MARCOS. Señor, que ahí estan los viejos...

ROG. Los viejos?

MARCOS. Sí, los papás...

ROG. Imbécil!

CAND. Corro á su encuentro.

ESCENA III.

ROGELIO, MARCOS.

ROG. Acércate, y habla bajo.
MARCOS. Hablaré bajo y me acerco.
ROG. Ayer cuando yo volví
de la iglesia, estaba muerto
de inquietud... mas no he podido
hablarte hasta este momento.
Qué fué de aquella señora
que se quedó en el ropero?
MARCOS. Doña Amalia?
ROG. Habla mas bajo.
MARCOS. No me hizo pasar mal miedo.
Mucho despues de irse usted
yo andaba por allá dentro,
y al cruzar por el pasillo
oí en el ropero un cierto
rumor, y una voz muy dulce
que me decia muy quedo;
«ábreme...» pero es lo malo
que yo no podia hacerlo,
porque no tenia llave.
ROG. Y qué hiciste?
MARCOS. Buen remedio.
Levanté la cerradura.
ROG. Ah! gracias. (Estrechándole la mano)
MARCOS. Señor...
ROG. Y luego?...
MARCOS. La pobrecita señora
me dijo, bajo secreto,
que estaba muerta de hambre,
y lo estaria en efecto
porque llevaba diez horas
encerrada en el ropero.
ROG. Diez horas de guardarropa!
Infeliz! Cuánto la debo!
MARCOS. Busqué comestibles sólidos
que le sirviesen de almuerzo,
mas no hallé otros comestibles

que un esponjado y un huevo;
y como cosa mas sólida
le dí á comer lo primero.
Y si hubiera visto usted
con qué apetito tan ciego
se tragó el azucarillo!...
En fin, con tal refrigerio
cobró fuerzas, acabó
y se fué sin decir «vuelvo.»

ROG. (Su marido por fortuna
no la habrá echado de menos.
Yo le tuve entretenido...)
Bien, Marcos, estoy contento
de tí.

MARCOS. Señor...

ROG. Me has probado
que eres mozo de provecho.
Ten cuatro napoleones.

MARCOS Señor, por Dios!
(Como resistiéndose á tomarlos, pero quedándose con ellos.)

ROG. Y con ellos
toma en el Circo de *Price*
un palco.

MARCOS. Ah! este dinero
es para un palco?

ROG. Sí, hombre.

MARCOS. No es para mí?

ROG. No.

MARCOS. Lo siento.
(Apenas uno se alegra
viene el desengaño negro...) (Váse.)

ESCENA IV.

ROGELIO, CÁNDIDA, NEMESIA, PROCOPIO.

ROG. Mi querido papá suegro!
Mi querida mamá suegra!

PROC. La mano... (Se la dan.)

NEM. Un abrazo! Quieres?

ROG. Uno y mil.
PROC. Se ha descansado?
ROG. Le diré á usted...
NEM. Á su lado
ya verás qué feliz eres.
PROC. Y bien, qué tal se pasó
la noche?
ROG. Bien, papa suegro.
PROC. Qué dices?
ROG. (Gritando.) Que bien.
PROC. Me alegro.
ROG. Nadie mas feliz que yo.
Casarse es una ventaja
mayor de lo que creia.
NEM. No es porque sea hija mia,
pero tienes una alhaja.
PROC. No soy de ese parecer.
NEM. Pero, hombre! (Incomodada.)
PROC. No alces el grito
mujer: (yo siempre le quito
la razon á mi mujer,
y así nunca me equivoco.)
NEM. Todo lo entiende al revés.
ROG. No lo extraño...
NEM. Como es
un poco tardo...
ROG. Sí, un poco!
(Lo mismo que una pared.)
MARCOS. (Que entra y sale sirviendo la mesa.)
Señora... la sopa espera.
CAND. Está bien. (Á Rogelio.) Cuando usted quiera.
NEM. Usted! todavia usted?
Está enfadada contigo? (Á Rogelio.)
ROG. No: el rubor...
NEM. Ya se conoce.
Yo creo que con el roce...
CAND. Eso es lo que yo le digo.
NEM. Pues! Á mí al dia siguiente
de casarme con Procopio
me sucedia lo propio,
y despues...
ROG. Naturalmente.

Qué feliz soy! Mi bien labra
su hija.

PROC. ¿Estás de mal humor,
yerno mio?

ROG. (Alto.) No, señor.

PROC. No dices una palabra.

NEM. Es mucho! (Impaciente.)

PROC. Tienes razon,
mejor es comer que hablar.
No se puede repicar
y andar en la procesion.

NEM. (Á Rogelio.) No hagas caso... Pero dí,
y aquel amigo que ayer
nos acompañó á comer?

ROG. Don Venancio?

NEM. El mismo, sí.
Me gustó.

CAND. Y á mí.

NEM. Procura
no romper con él...

ROG. Jamás!

NEM. Es muy bonachon!

ROG. Oh! mas
de lo que usted se figura.

CAND. Si viene...

ROG. (Estaré en un potro!)

NEM. Te aprecia mucho.

ROG. Es verdad.

NEM. Te conviene su amistad
mucho mas que la del otro.

CAND. Ah? sí, aquel viejo tan tibio...

NEM. Tan soso... Jesus qué hombre!

ROG. Quién? Toribio?

NEM. Hasta su nombre
me carga!...

ROG. Pobre Toribio!

NEM. Con que desahuciarle puedes.

ROG. Tiene una pasta ..

NEM. Que tenga.

ROG. Mas si viene...

NEM. Como venga,
hablará con las paredes.

ROG. Si usted tan á mal lo toma...
NEM. Sí, señor; el caso es grave...

ESCENA V.

DICHOS, TORIBIO.

TOR. Señores...
ROG. (Él!)
NEM. (Ya se sabe,
en nombrando al ruin de Roma ..)
(Silencio general.)
PROC. Yo bien, y usted?
TOR. Sin quietud...
Me asedia un pícaro mal...
PROC. Me alegro. Lo principal
es tener buena salud.
TOR. (Otra pausa. Al ver la sequedad con que le reciben.)
Te encuentras de mal humor?
ROG. (Con frialdad.)
Siéntate.
TOR. Aprecio infinito...
En fin... no tengo apetito.
pero .. (Acercando su silla á la mesa.)
ROG. (Poniendo la silla lejos de la mesa.)
Aquí estarás mejor.
PROC. (Á Rogelio.)
De fijo le has aburrido
con tanto decir que tome...
Qué diablo! Cuando no come
es porque ya habrá comido.
No es así? (Á Toribio.)
TOR. No: desde ayer
solo he tomado magnesia;
de suerte, doña Nemesia,
que me vine sin comer.
ROG. (Pues si hacerlo aquí proyectas,
te llevas chasco...)
TOR. (No insisto.
Esta es gente por lo visto
que no entiende de indirectas.)
NEM. Yerno, tienes apetito?

ROG. El lenguado está excelente.
TOR. Lenguado! Precisamente
es mi plato favorito. (Otra pausa.)
(Del tiempo tendré que hablar.)
Hace un magnífico dia...
NEM. Muy buen sol... y usted debia...
TOR. Qué?
NEM. Nada, irse á pasear.
TOR. (Me arrojan.)
ROG. (Pobre Toribio!)
TOR. Yo vine... (qué ingratitud!)
á saber de tu salud...
Vaya! que siga el alivio. (Váse.)

ESCENA VI.

NEMESIA, CÁNDIDA, D. PROCOPIO, ROGELIO.

PROC. Como me llamo Procopio
que es muy fino...
CAND. Es insufrible.
NEM. Oh! como vuelva...
ROG. Imposible:
se ha picado su amor propio.
NEM. Que esta puerta no se abra
para él mas, no acomoda...
PROC. Cierto. Simpático en toda
la extension de la palabra.
NEM. Oh! como vuelva, bien puedes
decir á ese viejo rancio
que...

ESCENA VII.

DICHOS, D. VENANCIO.

VEN. Señoras...
NEM. Don Venancio...
VEN. Estoy á los pies de ustedes.
CAND. Siéntese usted.
VEN. (Tomando una silla.) Sí, me siento...
NEM. Junto á la mesa.

ROG. Aquí.
VEN. Yo!...
CAND. Marcos, un cubierto.
VEN. No.
Si acabo en este momento...
PROC. (Á Rogelio.) Dile algo, es menester
hacerle una invitacion...
VEN. He comido con Leon,
el primo de mi mujer.
Es mucho lo que le quiero!
Pues y él? Me retuvo allí,
me escondió el sombrero y...
ROG. Sí?
(Cartita trae el sombrero.)
VEN. Fuí porque me dijo Amalia:
vete á casa de Garay
—su primo—y dile qué hay
sobre la cuestion de Italia.
ROG. (Cuando digo que hay belen!)
NEM. Ya! con que ella...
VEN. Es un capricho.
En fin, su primo me ha dicho
que lo de Italia va bien.
NEM. Pero y su esposa no tiene
á bien venir por acá?
VEN. Ya vendrá.
ROG. Sí, ya vendrá
mas tarde... (el siglo que viene.)
NEM. Deseo ya conocer
á doña Amalia.
VEN. De veras?
CAND. Yo tambien.
ROG. (Si tú supieras...)
VEN. Es un ángel mi mujer,
y no creo que reproche
tan amable compañia.
ROG. Ya vendrá.
VEN. Sí, cualquier dia.
NEM. Por qué no esta misma noche?
CAND. Vamos al Circo...
NEM. Y espero
que venga usted con su esposa.

ROG. (Pues no faltaba otra cosa!)
VEN. Sí, pero...
NEM. No admito pero.
ROG. (Dios mio! Si viene Amalia
va á armarse aquí un guirigay.)
(Á Venancio.) Quieres saber lo que hay
sobre la cuestion de Italia?
Aquí está *la Iberia*. (Dándosela.)
VEN. Oh!
Lo celebro... me hace falta...
PROC. Sí, lea usted en voz alta.
VEN. Bien: voy á buscar... (Recorriendo el periódico.)
ROG. (Registrando el sombrero.) (Y yo.)
VEN. No hallo...
(Todos menos Rogelio rodean á D. Venancio.)
ROG. (Sacando un papel del sombrero.)
(La pesqué al instante.)
VEN. (Leyendo.)
«Ayer ocurrió una muerte...»
ROG. (Id.) «Primo, necesito verte.»
VEN. No es esto...
ROG. (Bien!)
NEM. (Á Venancio.) Adelante.
ROG. (Tiene un ingenio satánico!)
VEN. Tampoco... (Repasando el periódico.)
ROG. (Y él, no contesta?...
Ah! sí, al pie está la respuesta.
«Á las cinco en el Botánico.»)
VEN. (Leyendo.)
«Circo de *Price*. Gran funcion.
Frank Pástor va á dar un brinco!...»
ROG. (Transformo en un siete el cinco...)
VEN. Por fin hallé la cuestion.
«Nuevas de Italia,» señores.
TODOS. Á ver...
VEN. Es particular!...
NEM. Qué?
VEN. (Leyendo.) «Hoy no podemos dar
ninguna á nuestros lectores.»
Pues, señor, punto redondo.
NEM. Otro dia será.
CAND. Justo.

PROC. He oido con mucho gusto
ese artículo de fondo.
VEN. Cómo?
NEM. No le haga usted caso.
Es un poco...
VEN. Ya.
(Dos criados quitan la mesa.)

ESCENA VIII.

DICHOS, TORIBIO.

ROG. (Al verle.) Toribio!
NEM. (Otra vez!)
ROG. (Á qué habrá vuelto?)
TOR. Servidor...
NEM. (Con despego.) Muy señor mio.
TOR. Dos palabras. (Á Rogelio.)
ROG. (Ese tono...)
VEN. Señores, yo me retiro.
Á las siete y media en punto
vendremos.
CAND. Bien.
NEM. Convenido.
ROG. (Tú sí, pero lo que es ella
va al Botánico, de fijo.)
NEM. Adios, pues; nosotras vamos
á disponer lo preciso...
ROG. (Á Venancio.)
Eh! no olvides el sombrero.
VEN. Hombre, seria un olvido...
ROG. (Que sentiriamos mucho
tu mujer y yo)
VEN. (Á las señoras.) Lo dicho.
(Váse por el fondo: ellas y D. Procopio, á quien toma Nemesia del brazo, por una de las puertas laterales.)

ESCENA IX.

TORIBIO, ROGELIO.

TOR. (Pues, señor, llegó el momento.)

ROG. Tenemos que hablar, Toribio.
TOR. Escucho.
ROG. No es necesario
expresar cuanto te estimo.
Te he dado *infinitas* pruebas
de que te aprecio *infinito*.
TOR. Y bien!...
ROG. Mi mujer te quiere...
no ha de quererte? muchísimo.
Pero ha dado en tener celos
de mis mejores amigos...
TOR. Y bien!
ROG. Tú mejor que nadie
sabes lo que es ser marido.
TOR. Y bien!
ROG. Nada, que yo debo
transigir, y que transijo.
TOR. Bien; es usted un ingrato,
es usted un hombre inícuo.
ROG. La frase es dura.
TOR. Mas duro
es lo que ha hecho usted conmigo.
ROG. Cómo!
TOR. Qué cómo? Comiendo.
Y nadie, nadie me dijo
«toma, para que lo pruebes.»
ROG. Si habiamos concluido!
TOR. Falso! habia allí un lenguado
que debia estar riquísimo...
y yo estaba sin comer.
ROG. Tenias mas que decirlo?
TOR. Me parece que en mi caso
no pude ser mas explícito.
En fin, salí de tu casa
como jamás he salido,
con el alma hecha pedazos
y el estómago vacio.
Pero como con la dieta
se despejan los sentidos,
reflexioné de este modo
altamente metafísico.
Cuando mi mujer vivia

era Rogelio mi amigo,
y siempre estaba en mi casa
y me hacia muchos mimos;
nos convidaba á comer
y nos llevaba al Retiro,
donde todas las mañanas
tomábamos siete chicos
de leche:—ya sabes que ella
solia beberse cinco.—
Murió Eloisa; y tú, pérfido,
me condenas al olvido!
Luego no era yo el objeto
de aquel afecto tan íntimo.
Luego era ella!

ROG. Qué dices?
Eso es pensar mal, Toribio.

TOR. Basta! Yo me vengaré.

ROG. Pero, hombre, has perdido el juicio?
Cuando sabes que te quiero...

TOR. Frases!

ROG. Que tu bien ansio...

TOR. Frases! Hoy he visto claro.

ROG. Por qué? Porque no has comido?

TOR. Puede ser.

ROG. Pues ven mañana...

TOR. Nunca!...

ROG. Y comerás conmigo...

TOR. No es mi estómago, Rogelio,
el que está mas resentido.
Mi corazon indignado...

ROG. Pues no comprendo el motivo.

TOR. Conque no? Conque no sabes
que estamos á veinte y cinco
y es hoy el aniversario
de mi feliz natalicio?

ROG. No lo habia de saber?
Un abrazo, amigo mio!
que los tengas muy felices!
que los tengas felicísimos!

TOR. Ni un ramillete! Otros años
íbamos juntos al Circo.
Me regalabas un palco.

ROG. En este momento han ido
por uno al de *Price*...
ROG. De veras?
ROG. Con el objeto exclusivo...
TOR. De regalármelo?
ROG. Justo.
(Así fuera un tabardillo!)
TOR. Pero cá! Si tú me engañas!
Si ese es un pretexto frívolo!
Adios.

ESCENA X.

DICHOS, MARCOS.

MARCOS. Señor...
(Trayendo la tarjeta del palco.)
ROG. Á propósito,
lo vas á ver ahora mismo.
MARCOS. Tome usted. (Dándole la tarjeta á D. Rogelio.)
ROG. (Dándosela á Toribio.) Toma.
TOR. (Enternecido.) Rogelio!...
MARCOS. (Se lo da al viejo!)
TOR. Querido
Rogelio!... Y yo me quejaba...
ROG. Si tú te quejas de vicio!
TOR. Perdóname...—Ay!
ROG. Qué es eso?
TOR. Qué ha de ser? Este mal pícaro...
Desde que falta Eloisa
se me agravó el reumatismo,
y tengo ahora un dolor
en la espalda...
ROG. Pobre chico!
TOR. Si quieres como otras veces...
(Haciendo ademan de que le dé friegas.)
ROG. Bien, hombre!... (Qué compromiso!)
MARCOS. (Y le da friegas!)
ROG. (Sospecho
que hago un papel muy ridículo.)
TOR. Qué bueno eres!

MARCOS. (Sin poderse contener.) Já! já!
ROG. Largo! (Á Marcos sin dejar de dar las friegas.)
(Á Toribio. Váse Marcos.)
Vas sintiendo alivio?
TOR. Sí, sí.

ESCENA IX.

ROGELIO, TORIBIO, CÁNDIDA, NEMESIA, D. PROCOPIO.

NEM. (Reparando en lo que hace Rogelio.)
Qué es esto?
ROG. (Mis suegros!
Mi mujer! Ábrete, abismo!)
PROC. Qué hacias, yerno?
ROG. Yo?... Nada...
PROC. Pues ahí tienes el cepillo;
y sin cansarte le hubieras
dejado mucho mas limpio.
CAND. Muy bien! (Ap. á Rogelio.)
TOR. Aquí está el presente
que me ha hecho su marido.
CAND. Un palco!
NEM. Un palco!
TOR. No iré
sin embargo. No me es lícito.
Todavia está reciente
la pérdida que he sufrido;
pero de todas maneras
se lo agradezco infinito.
(Á Rogelio.) Y pues me hiciste un regalo,
voy á pagarte ahora mismo
componiéndote unos versos,
que serán el panegírico
de tu enlace.
NEM. (Con sequedad.) Muchas gracias.
TOR. Verás como versifico.
ROG. Bien... En mi cuarto hay tintero...
TOR. Pues voy y vuelvo en un brinco.

ESCENA XII.

DICHOS, menos TORIBIO.

NEM. Bien, yerno!
CAND. Bien, caballero!
NEM. Así le despides?...
ROG. (Dále!...)
NEM. Dándole un palco que vale
un dineral de dinero?
ROG. Pues bien, mamá: por lo mismo.
Quizá al pobre no le sobre...
CAND. Pero y las friegas?
ROG. El pobre
padece de reumatismo.
NEM. Ya sabes que á tu mujer
y que á mí nos desagrada...
PROC. Qué dice mi yerno?
NEM. (Con mal humor.) Nada!
PROC. Pues soy de su parecer.
CAND. Si vuelve—lo exijo yo,—
le despide usted.
ROG. No puedo.
NEM. Y por qué? Le tienes miedo?
ROG. No.
CAND. Le debes algo?
ROG. No.
(¡Ah!) (Como asaltado por una idea repentina.
CAND. Pues siendo de ese modo...
ROG. (Qué idea! de ella me valgo...)
Qué si le debo yo algo?
Ah! no! Se lo debo todo.
CAND. Cómo?
ROG. Me prestó un servicio
un dia en que yo, infelice!
me encontré, como quien dice,
al borde del precipicio.
Les va á parecer absurda
esta historia (va de cuento.)
NEM. Sepamos pues.
ROG. Un momento.

(Es preciso que la urda.)
(Con énfasis cómicamente trágico.)
Era una tarde de estio,
hacia un calor fatal
y tuve una idea...

CAND. Cuál?

ROG. Cuál? la de arrojarme al rio.

NEM. Cómo!

ROG. Y me arrojé.

CAND. Qué horror!

ROG. (Mudando de tono.)
Pero qué tiene de extraño
que fuera á tomar un baño
haciendo tanto calor?

CAND. Es verdad.

ROG. Me zambullí
de cabeza con fiereza:
saqué los pies; la cabeza
quedó sepultada allí.
Mis pies, libres de aquel fárrago,
anunciaban, no os asombre,
que habia en el fondo un hombre
plantado como un espárrago.
Y de ideas un tropel
á mi cerebro acudia.
Morir tan jóven!... decia...
eso es atroz!... es cruel!...
Y gritaba sin cesar...

NEM. Podias gritar allí?

ROG. No, señora: comprendí
que no podia gritar.
Pero ensayaba un monólogo
pensando en mi suerte negra.

NEM. Y bien, por fin...

ROG. Mamá suegra,
aun estamos en el prólogo.
La muerte, como un alivio,
pedia á Dios, cuando un hombre...
—¿por qué he de ocultar su nombre?
Era Toribio.

LAS DOS. Toribio!

ROG. Me conoció.

NEM. La manera
quisiera saber yo ahora.
ROG. Creo haber dicho, señora,
que tenia los pies fuera.
CAND. Ya!
ROG. Ve Toribio que estoy
en un peligro tan fiero;
y quitándose el sombrero,
exclama: «Sús, allá voy.»
CAND. Jesus, qué temeridad!
ROG. Luego al hallarme allí fijo,
me dió la mano y me dijo:
Rogelio, serenidad!
NEM. Qué?
ROG. Digo, que fijó en mí
una mirada tan firme,
que parecia decirme:
no temas; yo estoy aquí.
Y tras muy breves instantes
me sacaba sobre el hombro
con extraordinario asombro
de todos los circunstantes.
CAND. Bravo!
ROG. Ese fué el grito unánime
de la gente de la villa,
cuando Toribio á la orilla
arrojó mi cuerpo exánime.
NEM. En fin, le debes la vida.
CAND. Brillante rasgo!
NEM. Sublime!
ROG. Ahora bien, Cándida, dime,
aun quieres que le despida?
CAND. No; y su arrojo me interesa;
me hace dichosa!...
PROC. (Se aburre!
Qué gran idea me ocurre!
Le voy á dar la sorpresa.) (Váse.)

ESCENA XIII.

CÁNDIDA, NEMESIA, ROGELIO, TORIBIO, luego VENANCIO.

TOR. (Que sale abstraido leyendo un papel.)
Un poeta mas fecundo
no hay en todo el universo.
Ya he compuesto el primer verso
y la mitad del segundo.
NEM. El de la escena patética! (Señalando á Toribio.)
CAND. Gracias! (Acercándose á él y dándole la mano.)
NEM. (Id.) Gracias!
TOR. No comprendo...
ROG. Nada... que sigas haciendo
tu composicion poética.
NEM. No! que nos cuente...
ROG. Otra vez...
NEM. Conque es usted tan osado?...
TOR. Quién yo?...
CAND. Y nada?...
TOR. Que si nado?
ROG. Vaya! Lo mismo que un pez.
NEM. Como usted es una malva,
no extraño que no se alabe...
TOR. Pero si...
CAND. Todo se sabe.
VEN. Señores... (Saliendo.)
ROG. (Este me salva.)
CAND. Don Venancio!
ROG. (Me entró un pánico!...)
NEM. No viene su esposa?
VEN. Ah!
No, señora.
NEM. Por qué?
VEN. Está...
ROG. (De fijo está en el Botánico.)
CAND. Qué ocurre? Por su salud
nuestra amistad se interesa.
VEN. Lo creo; y heme aquí presa
de la mas honda inquietud.
Su galante invitacion

fuí desde aquí á hacer presente
á mi esposa; y justamente
me esperaba en el balcon.
«Me alegro de que me esperes
en ese traje de fiesta»
dije cuando la vi, puesta
de veinte y cinco alfileres.
«Manda que traigan un coche,
si no quieres ir á pie,»
seguí diciendo, «porque
vamos al Circo esta noche.»
Pero en aquel punto mismo,
efecto sin duda alguna
del gozo, le asaltó una
especie de parasismo.
De su furia en el exceso
me dió un mordisco... nefando;
pero se fué sosegando,
y al fin le pasó el acceso.
Sus ojos abrió á la luz;
y al darla yo un tierno abrazo,
me sacudió un arañazo
que ni el mismo Micifuz...
Lleno de un dolor prolijo
capaz de ablandar los bronces,
yo la miré; y ella entonces
»vete á pasear» me dijo.
—Pero...—exclamé—y tu salud?
—Vete! De asediarme cesa!
—Mas...—Vete!—Y heme aquí, presa
de la mas honda inquietud.

CAND. Qué desgracia!

VEN. Lo chocante
es que yo siempre lo pago.

TOR. (Pues señor, por mas que hago
no me ocurre un consonante.)

ESCENA XIV.

DICHOS, D. PROCOPIO.

PROC. Aquí está ya el cofrecito.

ROG. Eh!...
PROC. (La sorpresa no es mala.)
Toma. (Dándole á Cándida el cofrecito.)
ROG. (Gran Dios!)
CAND. Qué bonito!
PROC. Rogelio te lo regala.
Querrás saber lo que encierra?
Pues eso pronto se vé.
ROG. (Ábrete y trágame, tierra!)
CAND. (Á Rogelio con ternura.)
Gracias! Gracias!
ROG. No hay de qué.
CAND. De alguna joya preciosa
presagio el feliz encuentro.
ROG. (Sí! Las cartas de la esposa
de Toribio, que estan dentro.)
NEM. Tengo impaciencia por ver...
CAND. Dame la llave, marido.
ROG. Voy á dártela, mujer.
(Fingiendo que la busca inútilmente.)
Calla!... pues se me ha perdido.
NEM. Cómo!
ROG. (Siento unos sudores...
Si hallase alguna invencion...
Ah!) Gran noticia, señores!
Mañana hay revolucion.
VEN. Hola!
ROG. (Esto es ser embustero.)
Lo sé de muy buena tinta.
Me lo ha dicho un peluquero
de los de casa de Pinta.
NEM. Caramba! Pues eso es grave.
ROG. Ya lo creo que lo es.
(Queriendo apoderarse del cofrecito.)
CAND. Pero, hombre, busca la llave!
ROG. (Id.) Ya la buscaré despues.
VEN. Y si el pueblo se desborda..
CAND. Nada... por mas que trabajo...
ROG. (Id.) Entonces se arma la gorda.
CAND. Mira que lo descerrajo!
NEM. Falta una llave... Quién tiene?...
TOR. Yo tengo varias. (Levantándose.)

ROG. (Ya escampa!)
TOR. Á ver... justo! Esa le viene.
ROG. (Maldita sea tu estampa!)
(Queriendo impedir á Cándida que levante la tapa del cofrecito, abierto ya por Toribio. Nemesia lo toma y lo abre.)
NEM. Yo no sé por qué rehusas...
ROG. (Ah suegra de mis pecados!)
TOR. Vuelvo á entregarme á las musas.
(Sentándose á escribir donde estaba antes.)
ROG. (Dios nos coja confesados!)
(Al ver á Nemesia empezar á sacar cartas.)
NEM. Cartas!...
ROG. (Me falta el aplomo.)
NEM. De mujer! (Abriendo algunas.)
ROG. (Estoy perdido!)
NEM. Y firma...
ROG. Silencio!
CAND. Cómo!...
ROG. El marido! Es el marido!
(Señalando á Toribio.)
NEM. Así á un ángel se deprime!
CAND. Me engañaba usted!
NEM. Perverso!
VEN. Pobre hombre! (Mirando á Toribio.)
TOR. (Abstraido en su composicion.) Bravo! Sublime!
Ya tengo el segundo verso.
CAND. Ay, mamá! (Echándose en brazos de Nemesia.)
NEM. La joya es esa
que regalarte queria?
PROC. Ya veo que mi sorpresa
os ha causado alegria.
NEM. Infame! (Á Rogelio.)
CAND. Hirió mi amor propio.
NEM. Por eso estaba tan tibio...
ROG. Mas bajo, por San Procopio!
Mas bajo, por San Toribio!
NEM. Á tal conducta, escarmiento
voy á poner de una vez.
ROG. Señora!...
NEM. En este momento
me voy á quejar á un juez.

ROG. Pero si yo...
NEM. Á la mas casta
subleva una accion tan negra.
ROG. Pero sí...
NEM. Ven! (Queriendo llevarse á Cándida.)
ROG. (Suegra y basta!
Ay! Qué malo es tener suegra!)
TOR. (Levantándose.)
Acabé. Yo, aunque esté en uso
del matrimonio hacer mofa,
lo ensalzo. No soy difuso:
solo he compuesto una estrofa,
que dice así: «Al Himeneo,
fuente de amor y solaz,
y...»
(Dirigiéndose á Cándida, que le vuelve la espalda.)
CAND. Vaya usted á paseo!
(Dejándose caer sobre una silla, como abrumada porr el sentimiento.)
TOR. Y...
(Dirigiéndose a Venancio, que tambien le vuelve la espalda.)
VEN. Déjeme usted en paz!
TOR. Pero, señor, si yo hablo
en favor del matrimonio!
Oiga usted... (Á Nemesia.)
NEM. Váyase al diablo! (Váse.)
TOR. Oye tú... (Á Rogelio, que tambien se va.)
ROG. (Váse.) Vete al demonio!
PROC. Hizo efecto su discurso? (Á Toribio.)
TOR. Mi oda? Sí: un efecto gordo.
(No me queda mas recurso
que recitársela al sordo.)
Y dice así. «Al Himineo,
fuente de amor y solaz ..»
(Váse, gesticulando, con D. Procopio, que sale al ver que Nemesia se va.)

ESCENA XV.

D. VENANCIO, CÁNDIDA, que se ha sentado maquinalmente, y toma una labor.

VEN. (Pues señor, la hablaré, y creo
que al cabo los pondré en paz.)
CAND. (Bribon!)
VEN. (Está encantadora.
Y lo que me choca es ver
lo mucho que esta señora
se parece á mi mujer.
Mas no extraño el parecido.
En punto á mujeres... Oh!
Rogelio siempre ha tenido
el mismo gusto que yo.)
Por su semblante barrunto
que aun no ha pasado el turbion.
CAND. No tal.
VEN. Y hasta cierto punto
no le falta á usted razon.
CAND. Su conducta es bochornosa.
Proceder tan mal conmigo!
Engañar así á una esposa! ..
Ofender así á un amigo!...
VEN. Ser infiel no es moda nueva
y mas en un hombre ducho...
Pero, en fin, tampoco prueba
que no la quiera á usted mucho.
CAND. No?...
VEN. Y el mejor testimonio
es que hoy su amistad me tasa,
y antes de su matrimonio
no salia de mi casa.
Oh! Y eso que mi mujer
no le hallaba de su agrado.
Nunca le ha podido ver.
CAND. Es posible?
VEN. Ni pintado.
Fué con él lo mas cruel...
y le dió cada sofion...
En fin, hacia con él

lo que hoy hace con Leon.

CAND. Quién?

VEN. Un primo de mi esposa.
(Si no acudo en su socorro...)
Pero, siga usted...
(Al ver que Cándida interrumpe su labor y le mira con atencion.)

CAND. No es cosa
que corre prisa: es un gorro...

VEN. Bien! (Mirándole.)

CAND. No vale nada...

VEN. (Celebrando el trabajo.) Oh!...
Y es para Rogelio... Bien!
Si usted viera el que bordó
mi mujer... para él tambien.

CAND. Para mi marido? (Levantándose.)

VEN. Sí.
Mas luego dió en el error,
no sé por qué, de que á mí
me estaba mucho mejor...
Yo á Rogelio le he querido
con una amistad sin tasa.

CAND. Muy bien. Conque mi marido
no salia de su casa?

VEN. No.

CAND. Y doña Amalia, cruel,
le odiaba sin compasion?

VEN. Mucho.

CAND. Y hacia con él
lo que hoy hace con Leon?

VEN. Sí; pero él en mi profunda
amistad halló un alivio.

CAND. (Será este la segunda
edicion de don Toribio?)

ESCENA XVI.

DICHOS, D. TORIBIO.

TOR. Don Venancio, corra usted...

VEN. Pues qué sucede?

TOR. Friolera!

Estaba yo recitando
mi composicion poética
á don Procopio, que dice
que es una cosa muy buena,
cuando allá á lo lejos oigo
la voz de doña Nemesia,
gritando: «bribon! tunante!
indigno!...» eccétera... eccétera.
Dejo á don Procopio, acudo
al sitio de la refriega,
y encuentro... no una mujer,
sino una especie de hiena.
Y perdone usted el simil, (Á Cándida.)
pues no trato de ofenderla.
«Corre á buscar á Venancio!...
Márchate!.... No te detengas!»
me dijo Rogelio, echándome
como quien dice, á la fuerza.
Conque corra usted, amigo:
que temo que él y su suegra
van á venir á las manos.

VEN. Bien... Voy allá.—Usted no venga! (Váse.)

TOR. Eh! don Venancio!... el sombrero...
Calla! Graciosa chistera!
Es como las que Fernandez
saca en algunas comedias.

CAND. (Pobre hombre! Si sospechara...
Su alegria me da pena.)

TOR. (Que ha estado dándole vueltas al sombrero y examinándolo.)
Mas qué veo!... Un billetito...

CAND. Cómo!...

TOR. Cáspita! Y la letra
es de mujer...

CAND. (Quitándoselo.) Traiga usted!
Leamos! «Á la una y media
te espero, Rogelio, en casa
para negocios de urgencia.»

TOR. Hola!

CAND. Qué infamia, Dios mio!

TOR. Conque Venancio es... Qué idea!...
Pobre hombre! (Riendo.)

CAND. Y usted se rie?...
TOR. Ya lo creo!
CAND. Usted se alegra
del mal del prójimo?
TOR. Vamos,
me hace gracia la ocurrencia!
CAND. Nadie se debe reir
de las desgracias ajenas.
Y usted menos que ninguno.
TOR. Yo?...
CAND. (Bien clara es la indirecta.)

ESCENA XVII.

DICHOS, VENANCIO, ROGELIO.

VEN. Aquí viene sano y salvo,
gracias á una peripecia
Cuando á lanzarse sobre él
iba ya doña Nemesia,
vió á César que estaba haciendo
añicos su manteleta;
y al ir ella tras el perro,
este se libró de ella.
Gran perro es César!
ROG. Sí tal.
VEN. Y á propósito de César:
voy á contarles á ustedes
la mas peregrina anécdota.
La del armario.
ROG. (Haciéndole señas inútilmente.) (Maldito!)
VEN. Pero por qué me haces señas?...
—Una noche—hará dos años—
á eso de las doce y media
volviamos yo y mi perro
del Circo de *Price*... te acuerdas?
Amalia no habia ido:
le dolia la cabeza.
Pues, señor, entro en el cuarto
de mi mujer, y... oh sorpresa!
mi perro lanza un gruñido;
mira á mi mujer; se acerca

al armario; allí se pone
sobre las patas traseras,
y empieza á dar golpecitos
como quien llama á una puerta.
—Tate—dije yo,—un ladron!
y cogiendo mi escopeta,
«date, ladron!» grito, abriendo
el armario con violencia.

TOR. Y qué?

VEN. «Hombre, no seas bruto:»
me responde una voz.—Era
la de Rogelio.

CAND. Ya!

ROG. (Estoy
por arrancarle la lengua.)

TOR. Es chistoso!... (Pobre hombre!
Y qué formal que lo cuenta!)

CAND. (Me ahoga la cólera.)

VEN. Amalia
lo escondió por ver si César
lo hallaba... y lo halló. Qué perro!
Fué una agradable sorpresa.

CAND. Mucho, sí! (Con despecho.)

TOR. (Pasando rápidamente por detrás de D. Venancio.)
Calle usted, hombre:

VEN. Por qué?

TOR. Porque me da pena
oirle á usted.

VEN. No comprendo...

TOR. No es fácil que lo comprenda.

ROG. (Yo estoy en brasas.)

TOR. Lo grande;
hablando de inteligencia,
es mi loro.

ROG. (Otra te pego?
Nos cayó la casa acuestas!)

TOR. Era mucho instinto el suyo!
Entre otras cosas muy buenas
que Rogelio le enseñó
con admirable paciencia,
una fué, cuando yo entraba,
gritar: «centinela alerta!»

—«Alerta está!» respondia
este pícaro con flema,
(Señalando á Rogelio.)
cuando se encontraba en casa,
que era con mucha frecuencia.

ROG. (Estúpido!)

VEN. (Pobre hombre!
Da lástima...)

TOR. De manera
que no me hacia anunciar:
él me ahorraba esa molestia.

CAND. (Con intencion.)
Lo cuál era una ventaja?

TOR. Ya lo creo! Y no pequeña.

ROG. Qué animal!
(Sin poderse contener, y mirando á Toribio.
Dices muy bien,
tenia una inteligencia...
Desde que murió Eloisa,
ya no da la voz de alerta.

VEN. (Contar eso...) Calle usted! (Ap á Toribio.

TOR. Por qué?

VEN. (Es negado de veras.)

ROG. Llévatelo! (Ap. á Venancio.)

VEN. (Á Toribio.) Amigo mio,
vamos á dar una una vuelta
por ahí?

TOR. Qué tonteria!
Sin objeto...

VEN. Bah! Aquí cerca
hay un billar...

SOR. No me gusta
jugar al billar.

ROG. (Ap. á Toribio.) Acepta!
No conoces que ese hombre
á mi mujer exaspera?

TOR. (Ya comprendo...) Bien! Qué diantre!
Una vez que usted se empeña,
vámonos.

ROG. (Gracias á Dios!)

TOR. Jugaremos unas mesas.

ESCENA XVIII.

ROGELIO, CÁNDIDA.

CAND. Bien! Conque recien casados
ya obra usted así?
ROG. Por Dios!...
CAND. Conque no es uno, son dos
los maridos engañados?
ROG. (Cómo convencerla?)
CÁND. Bien!
Ya que su esposa le hastia,
váyase usted á Turquia
y establezca allí un harem.
ROG. Tus sospechas, lo repito,
son cuentos sin fundamento.
CAND. Y lo del armario es cuento?
ROG. Sí.
CAND. Y es cuento el cofrecito?
ROG. No; pero de aquella historia,
haya lo que haya de cierto,
la protagonista ha muerto.
Respetemos su memoria!
Y aun cuando estuviera viva,
nunca la propia mujer
debe con su esposo hacer
historia retrospectiva.
CAND. Y si yo de tu falsia
la prueba te presentara
reciente, explícita, clara,
qué dirias?
ROG. Qué diria?...
CAND. Toma! (Dándole la carta que halló D. Toribio.)
ROG. (Qué es esto, Señor?)
CAND. En un sombrero la hallé.
ROG. (Dios mio!) Te juro que...
CAND. No jures nada, traidor.
No disculpes tal exceso
con un argumento fútil.
ROG. Tienes razon. (Es inútil:
estoy convicto y confeso.

Y no me estermina un rayo!)
CAND. Era injusta mi sospecha?
ROG. Ah! Mira, mira la fecha!
El diez y siete de mayo.
CAND. (Pues es verdad...) (Mirando la carta.)
ROG. (Vive Dios!...
Si en la fecha no reparo...
Correo atrasado... es claro!
Si lleva el número dos!)
CAND. Te perdono.
ROG. Sí? Oh! placer!
CAND. Pero no quiero testigos.
Ó renuncia á tus amigos.
ó renuncia á tu mujer. (Váse.)

ESCENA XIX.

ROGELIO, luego MARCOS y TECLA.

Cándida tiene razon
cuando quiere que los eche;
y es menester que aproveche
tan buena disposicion.
Nada! cueste lo que cueste
hay que apresurar la lucha.
(Tira de la campanilla y salen por distinto lado Marcos y Tecla. Rogelio les habla al oido segun marca el diálogo, y luego se van los dos criados.)
—Marcos, oye!...—Tecla, escucha!...
Ya está en campaña mi hueste.

ESCENA XX.

ROGELIO, VENANCIO, TORIBIO, luego MARCOS y despues TECLA.

TOR. Si yo no juego al billar!
VEN. Le vencí completamente
(Á Rogelio por Toribio.)
dándole seis para veinte,
que me parece que es dar.
Buena ha estado la leccion.

Le dejé en quince.

TOR. Caramba!
Si hacia usted cada chamba...

VEN. Eso es llamarme chambon.
Y yo juego mucho, amigo.
En toda España no hay,
como no sea Garay,
quien pueda jugar conmigo.

MARCOS. (Saliendo.)
Uf!... La fatiga me agobia!

ROG. Qué es eso?

VEN. Qué pasa?

MARCOS. Ah!
El perro de usted que está
atacado de hidrofobia.
Pasó por mi lado á escape,
gritando: guau!—Guau es una
frase, que en lengua perruna
significa: ay del que atrape!
—Huyan ustedes! Yo emigro...
no sé adónde... á cualquier parte. (Váse.)

ROG. Huid! (Á Venancio y Toribio.)

VEN. Cómo!

TOR. Abandonarte
en la hora del peligro!

VEN. Yo no te dejo.

TOR. Si es
tal la voluntad de Dios,
(Apretándole la mano.)
bien! Rabiaremos los dos.

VEN. No! Rabiaremos los tres.

TECLA. (Saliendo.)
Ay, señorito!

ROG. Qué pasa?

TECLA. Ay!

ROG. Habla!

TECLA. Vírgen Maria!

ROG. Qué hay?

TECLA. Que la policia
está cercando la casa.

VEN. Cómo!

TOR. Es posible?

TECLA. Qué horror!
ROG. Sí; me vienen á prender.
TOR. y VEN. Prenderte!
(Rogelio hace una seña á Tecla para que se retire.)
ROG. Habeis de saber
que soy un conspirador.
TOR. Tú!
ROG. Sí: á la suerte inhumana
en holocausto me ofrezco.
(Hay que mentir.) Pertenezco
á la sociedad feniana.
TOR. Con admiracion te escucho.
Qué le importa á España esa
conspiracion irlandesa?
ROG. Conque no? Le importa mucho.
Y moriré en la demanda
ó venceré.
VEN. Tú morir!...
ROG. Sí: se trata de elegir
al futuro rey de Irlanda.
—Huid! Ya mi salvacion
solo en la fuga diviso.
(Si no se van, es preciso
echarlos por el balcon.)
Adios! (Á Toribio.) Adios!
(Á Venancio, dándoles la mano.)
VEN. Con pesar
nos anuncias tu partida?
ROG. Ay, amigos de mi vida!
Nos vamos á separar.
VEN. No te aflijas!
ROG. Pero...
VEN. No!
TOR. Valor!
ROG. Tenerlo procuro.
VEN. Soy tu amigo.
ROG. Lo sé.
VEN. Juro
no abandonarte.
TOR. Ni yo.
VEN. Es nuestro deber.
TOR. Lo es.

ROG. Bravo, amigos mios! Bravo!
VEN. Pobre amigo!
ROG. (Tendré al cabo
que echarlos á puntapies.)
Es que no habeis sospechado
lo infortunado que soy.
TOR. Qué mas te ocurre?
ROG. Que estoy
completamente arruinado.
VEN y TOR. Ah!
(Retirando la mano que cada uno le daba.)
ROG. Pero no os pido nada.
VEN. y TOR. Oh!
(Volviendo á estrecharle cada uno la mano.)
ROG. Un viaje al extranjero
exige mucho dinero,
y mi caja está agotada.
(Movimiento de ambos otra vez para retirarse.)
Que remedieis mis apuros
no exijo. (Vuelven á acercarse á él.)
TOR. Es un compromiso...
ROG. Solo quiero lo preciso
para el viaje... dos mil duros.
VEN. (No es nada lo que pidió!) (Retirándose.)
TOR. (Está dado á Belcebú!) (Id.)
ROG. Tú, me das mil. (Á Venancio.)
VEN. Quién, yo?...
ROG. (Á Toribio.) Y tú
me das otros mil.
TOR. Quién, yo?...
ROG. Celos no habeis de tener;
porque á los dos os igualo.
Qué tal?
VEN. (Malo! Me voy.)
TOR. (Malo!
Me voy para no volver.)
ROG. (Qué se hizo de tanto alarde
de amistad, tantos extremos?...)
Conque...
TOR. Veremos...
VEN. Veremos...
TOR. Chico, ya debe ser tarde;

y por cierto que me asedia
un urgentísimo asunto.
Las siete. (Mirando su reló.)

VEN. Las siete en punto. (Id.)

ROG. Yo tengo las seis y media. (Id.)

VEN. Ese reló no va bien.

ROG. Pues mira: yo de él me fio.

VEN. Eso es decirme que el mio
va mal.

TOR. Y el mio tambien.

VEN. Qué empeño! (Animándose gradualmente.)

TOR. (Id.) Qué obcecacion!

VEN. Cuando él habla no hay quien tuerza
su opinion.

TOR. Quiere á la fuerza
que domine su opinion.

(Hasta el final de la escena permanece Rogelio con los brazos cruzados y sin desplegar sus labios, sonriéndose al ver el enfado de los otros.)

VEN. Vaya!... Decir que va mal
mi reló! Mi reló, que es
un gran cronómetro inglés
que me costó un dineral!
Eso es atroz!

TOR. Es impio!

VEN. Usted ultraja mi alhaja
favorita! (Á Rogelio.)

TOR. (Id.) Usted ultraja
la memoria de mi tio!

VEN. Que estamos de más quizás
nos quiere dar á entender.

TOR. Soy del mismo parecer.
Estamos aquí de más.

VEN. Todo acabó entre los dos! (Á Rogelio.)

TOR. Usted nos echa de aquí! (Id.)

VEN. Vámonos? (Á Toribio.)

TOR. Vámonos, sí!

VEN. Adios para siempre!

TOR. Adios! (Vánse.)

ESCENA ÚLTIMA.

ROGELIO, luego NEMESIA y CÁNDIDA, y despues D. PROCOPIO.

ROG. Oh dicha! Oh gloria! Oh placer!
CAND. Qué hay? Ya los has despedido?
ROG. No.
NEM. Pues cómo?...
ROG. Ellos se han ido
para nunca mas volver.
PROC. (Saliendo.) Yerno... voto á Belcebú!
Tus amigos se van, yerno!
Dónde van?
ROG. No sé... al infierno.
PROC. Hombre, acompáñales tú!
ROG. Á quien el título invoque
de amigo íntimo y sincero
pídanle ustedes dinero: (Á ellas.)
esa es la piedra de toque.
(Á Cándida.) Solo en nuestro pecho irradie
de amor el gozo profundo.
Amistad... con todo el mundo;
pero intimidad con nadie.
ROG. (Adelantándose al público.)
Desde hoy todo trato esquivo
y es mi propósito firme.
Pero de noche recibo
con el objeto exclusivo
de que vengan á aplaudirme.

FIN DE LA COMEDIA.

Revisada la comedia que se titula Los amigos íntimos, *por el tribunal nombrado con este objeto por S. M., y compuesto de los Sres. Don Juan Eugenio Hartzembusch, D. Manuel Cañete y D. Francisco Escudero, y siguiendo su dictámen, ha sido aprobada para su representacion esta obra, con las modificaciones hechas ya en el presente ejemplar, por real órden de 22 de Diciembre de 1866.*

egunda cenicienta.
eor cuña.
hoza del almadreño.
patriotas.
lazos del vicio.
molinos de viento.
genda de Correlargo.
ruz de oro.
aja del regimiento.
sisas de mi mujer.
ven hijos.
dos madres.
ija del Rey René.
extremos.
rutera de Murillo.
antinera.
enganza de Catana.
narquesita.
ovela de la vida.
orre de Garan.
nave sin piloto.
amigos.
udia en el campamento, ó
orias de Africa.
criados.
caballeros de la niebla.
scala de matrimonio.
orre de Babel.
aza del gallo.
cso bediencia.
uena alhaja.
iña mimada.
naridos (refundida.)
amá.
le ojo.
o y mi sobrina.
in Zurbano.
a y Maria.
id en 1818.
id á vista de pájaro.
sobre hojuclas.
res de Polonia.
ta!! ó la Emparedada.

Miserias de aldea.
Mi mujer y el primo.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.
No lo quiero saber.
Nativa.
Olimpia.
Propósito de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista de Ronda.
Por una pension.
Para dos perdices, dos.
Préstamos sobre la honra.
Para mentir las mujeres.
¡Que convido al Coronel!..:
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
¿Quién es el autor?
¿Quién es el padre?
Rebeca.
Ribal y amigo.
Rosita.
Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid.)*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.
Si la mula fuera buena.
Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.

Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.
Torbellino.
Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.
Un estudiante novel.
Un hombre del siglo.
Un viejo pollo.
Ver y no ver.
Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

lica y Medoro.
ıs de buena ley.
ıl mas feo.
des y cuchilladas
yina la Gitana.
do y Marte.
o y Flora.
senando.
Mariquita.
Crisanto, ó el Alcalde prodor,
Pascual,
chiller.
ctrino.
sayo de una ópera.
lescro y la maja.
rro del hortelano.
uta y en Marruecos.
on en la ratonera.
los de carnaval.
lirio (drama lírico.)
stillon de la Rioja *(Música.)*
conde de Letorieres.
undo á escape.
pitan español.
rneta.
mbre feliz.
ballo blanco.
legial.
timo mono.
imer vuelo de un pollo.
Pinto y Valdemoro.
gnetismo... ¡animal!
ifa de la calle Mayor.
s astas del toro.

El mundo nuevo.
El hijo de D. José.
Entre mi mujer y el primo.
El noveno mandamiento.
El juicio final.
El gorro negro.
El hijo del Lavapies.
El amor por los cabellos.
El mudo.
El Paraiso en Madrid.
El elixir de amor.
El sueño del pescador.
Giralda.
Harry el Diablo.
Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto.
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.

La Jardinera. *(Música.)*
La toma de Tetuan.
La cruz del valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.
La pupila.
Los pecados capitales.
La gitanilla.
La artista.
La casa roja.
Los piratas.
La señora del sombrero.
La mina de oro.
Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.)*
Matilde y Malek-Adhel.
Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.
Peluquere y marqués.
Pablo y Virginia.
Retrato y original.
Tal para cual.
Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.
Un marido por apuesta.
Un quinto y un sustituto.

ı Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, to segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Manzano.
Albacete	Ruiz.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Muro.
Alicante	Viuda de Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Coronado.
Barcelona	Cerdá.
Idem	V. de Bartumens.
Bejar	Lopez Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena	Pedreño.
Castellon	J. Maria de Soto.
Ceuta	M. G. de la Torre.
Ciudad-Real	Acosta.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Viuda de Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno é hijo.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	J. Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Brieba.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andrion
Orense	Perez.
Orihuela	Martinez Alvarez.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Hijos de Gutierrez
Palma	Gelabert.
Pamplona	Rios.
Pontevedra	Buceta Solla y compañia.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	V.ª de Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Oña.
Sta. C. de Tenerife	Poggi.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Gra. Campos.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	I. Garcia.
Idem	J. Mariana y Sanz.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	A. Juan.
Ubeda	Perez.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.